

Un hombre corriendo, un puente y una bala redentora

David Gallego



Image not found.

Capítulo 1

Salir a correr de noche era todo lo que Joel hacía para traerse paz a la cabeza al final de cualquier jornada de mierda. Las cosas en casa no iban bien, de todas maneras, con la esposa mayormente ocupando en el tiempo en chicanearlo entre queja y queja. Trabajaba de lunes a lunes, de sol a luna, como electricista y aunque había sido difícil al comienzo, la excelencia y una ética laboral impecable le procuraron abundancia. Eso y el hecho de ser el único electricista competente de su área.

Apenas terminado el colegio y a falta de recursos para ir a la universidad comenzó a trabajar con su padre, quien fuera, como mucho, un electricista mediocre del que sin embargo aprendió un oficio. Verlo morir por una descarga eléctrica durante un accidente que se podía haber evitado por completo lo llevó a ser sumamente cuidadoso al momento de trabajar, el recuerdo del olor a carne humana chamuscada le servía como suficiente escuela para no seguir los mismos ejemplos de su padre. Los años y la práctica lo volvieron el profesional autodidacta que era ahora, siendo siempre un planificador meticuloso que sometía cada trabajo al más arduo de los controles para cubrir minuciosamente hasta el último detalle. Todo ello era también el reflejo de su persona, una carácter sereno pero constituido por el respeto, la caballerosidad, el orgullo y los buenos modales. Siempre una persona íntegra y recta que no cedía a las tentaciones del vicio, los malos hábitos o la pereza.

Conoció a Elsa, su esposa, durante un trabajo de instalación, siendo él un hombre reservado no hizo un sólo avance sobre ella, tampoco se dedicó a mirarla más de lo necesario durante los breves intercambios que tenían referidos al trabajo por realizarse. Fue ella, en cambio, quien avanzó sobre él durante una convidaada matera aunque no sin toparse primero con algunas constricciones que anularon sus intenciones iniciales. Verán, producto de haber cuidado a su entonces viuda madre, una profunda y marcada contemplación de la figura femenina lo llevó a idealizarlas de tal manera que era incapaz de "ofenderlas" con piropos o incluso flores. Eventualmente cedió ante la insistencia y terminó el trabajo en casa de Elsa al mismo tiempo en que ella iniciaba los papeles de divorcio para irse con él.

Veinte años de casado más tarde, un cincuenta y medio años de edad Joel exhibía las limaduras de una relación un tanto tóxica con una Elsa que tenía de buena mujer lo que el ácido tiene de dulce, exigiendo más de lo que debía y aportando lo mínimo para hacer sustentables el matrimonio y el sustento del hogar, sofocando a un Joel que pudiera pasar por conformista o plenamente sometido si tan sólo se le ocurriera ponerse firme con ella con un "¡Te voy a dejar como dejé a mi ex marido y vas a ver que no te va a dar bola ni el loro!", palabras que aprendió a odiar en silencio cada vez que las oía. Si no fuera por aquella imagen que tenía de

la mujer, por los valores con que se crió y una ciega creencia en la institución familiar, ya se habría separado. En su lugar, reemplazó descontentos con carga laboral extra y pseudo actividades que le servían para llenar espacios horarios y disminuir la presencia en lo que mentalmente definía como "La Guarida de la Harpía".

A su estado mental flagelado por la inclemente Elsa, sin embargo, lo apoyaba un cuerpo saludable y una vitalidad envidiable. Aunque algunas canas habían manchado los costados de su cabello corto a la altura de las patillas y orejas, una buena alimentación y jamás haber probado alcohol más una rutina de ejercicios que mantuvo durante 18 de sus 20 años de casado, lo acercaron más a parecerse a un bonsai milenario arraigado en lo alto de una montaña que la simple expresión de saludable en todo sentido. El cuerpo marcado y fornido junto a la piel ligeramente tostada por la exposición al sol de algunos laburos la intemperie le ganaron el aspecto de la madera tallada que solo se acentuaba con el miel de unos ojos de mirada profunda. Cada noche a las diez en punto, siempre un hombre de disciplina, justo cuando la harpía comenzaba a batir las plumas con tempestad de frente, se calzaba sus zapatillas deportivas, pantalón de jogging y remera, reproductor de música en celular y auriculares a todo volumen para acallar las voces que intentaban desviarlo de su camino justo y la bondad al homicidio y la desgracia. Nada que un poco de death metal no pudieran aplacar al cabo de unos kilómetros de corrida.

La trayectoria era siempre la misma, salir de casa por el frente caminar hasta la esquina, de allí doblar a la izquierda y arrancar con trote hasta la avenida a unas ocho cuadras de distancia, seguirla hasta el enganche con la ruta y desde allí hasta las afueras de la ciudad hasta atravesar el puente que salía de los límites del pueblo y de regreso.

Mientras corría masticaba la lengua ansiosa de haberla contenido ante la inclemencia de la harpía durante los actos de rapiña sobre su compostura similar a una falange, aunque 20 años de ello habían penetrado unos cuantos escudos dentro. No lo suficiente para desbandarla, si lo justo para hacer mella. Aguantaba, con algo de resentimiento.

A medida que la corrida lo llevaba más y más lejos de la ciudad, los pensamientos se volvían más violentos. Pasaban del repaso de los eventos al llegar a la avenida, a las hipotéticas devoluciones que habrían desbarrancado los argumentos de la hostigadora tan pronto pisaba la ruta. Sobre el tramo final, cuando la violencia se había hecho manifiesta en toda la complexión de su rostro, la contemplación del asesinato de formas que eran la epítome del sadismo. Porque prenderle fuego las piernas mientras le arrancaba la lengua con una pinza calentada con soplete, a la vez que la pinchaba con un destornillador en el abdomen como pensaba con odio palpable cien metros antes del llegar a la toma del puente era quizás un arte que practicaba mentalmente más que un acto de salvajismo emocional, perdía hasta el último despojo de lo que podía

considerarse un hombre civilizado.

No obstante la creciente agresividad durante el trayecto encontraba su fin al atravesar el ya mencionado puente. Para cuando el cansancio y el oxígeno le hubieron purgado hasta el último demonio e intención asesina, se veía de pie al otro lado. Transpirado, renovado. Así volvía la civilización a sus orígenes, su proceso de limpieza y purificación lo retornaban a un estado completamente sereno. Funcionaba. Al menos hasta esa noche...

La harpía había estado callada durante la tarde, sospechosamente silenciosa; ningún mensaje intenso mientras estuviera él trabajando, ningún insulto, ningún reclamo injustificado. Pensó sería un día excepcional y se convenció de ello, creyendo llegar ese día a casa y encontrarla con el rostro caído y un "Perdón" entre los labios para recibirlo. De buena gana e intención pasó por la florería y ordenó el más costoso buqué, atado con un listón rosa como fuera el color favorito de Elsa y se dirigió a casa con media sonrisa escondida tras la comisura de los labios. Optimista.

Estacionó la camioneta en la entrada y de antemano escondió el ramo de flores tras la espalda ante la chance de que su esposa lo viera por la ventana. Lento pero a paso firme llevó sus expectativas hasta la puerta y entró para encontrar a la amada no donde siempre estaba a esa hora del día, sentada en el sofá, mirando la novela. La escuchó cantar en la pieza, escaleras arriba, y se dirigió hasta ahí. Sólo que al acercarse cada vez más, escalón a escalón, el canto no era tal. Era una vocalización que jamás la había escuchado hacer, una forma de sonido que desconocía. Había movimiento en su voz también y golpes de respaldo de cama contra la pared, para que cerrara las cuentas. Silente como una sombra, abrió la puerta de la habitación para encontrar a la harpía tumbada de espaldas al tiempo que entre gemidos profería "¡Cogeme como ese inútil no sabe!". Ninguno de los dos se percató de su presencia, sumidos en el éxtasis de la lujuria, ni la harpía ni su vecino... En silencio para no molestarlos descendió y se dirigió al lavadero, donde sacó de entre la ropa sucia una remera, un joggin, se puso las zapatillas y descartó el buqué en el canasto de la ropa sucia. Los auriculares no pudo buscarlos, estaban en la habitación donde los amantes seguían su acto en completa ignorancia de la tercera presencia. Como remate a la humillación se habían vuelto verbalmente ruidosos. "¡Me vas a hacer acabar..." otras palabras que jamás la había escuchado decir, "...otra vez!".

Sin auriculares no tuvo como apagar aquel ruido. Fue por eso que se detuvo unos pasos antes de completar la carrera atravesando por completo el puente, una moto cruzó a toda velocidad junto a él. Necesitaba cerrar esto de otra manera y éste sería el día en el que daría vuelta la mesa. No le importaba ir a la cárcel mientras tuviese su merecida retribución. Se dio vuelta, sintió el impacto seco de un objeto a toda velocidad en el centro de su frente, arrastrando toda la ira asesina

desde la corteza a la raíz a medida que entraba y viajaba por su cerebro para salir con violencia por la nuca, abriéndole la cabeza en una explosión que esparció los restos de su masa encefálica en línea recta, hasta hacerlo involuntariamente completar su trayectoria habitual. Quedó tendido de espaldas sobre el puente su cuerpo y al otro lado toda su mente. Jode un poco que su último pensamiento haya sido "arrancarle a mordidas la verga a ese negro hijo de puta"...

"Y es por eso que no deben vestir ropa negra cuando salen a correr de noche..." dijo el policía en la presentación escolar a una audiencia de niños de 4to grado.

Fin.